

su misericordia;» porque tan pronto puede Dios tener piedad de ti, como castigarte: *miser cordia enim, et ira cito proximant.*

¿Y qué diremos, A. M., de la diligencia y paternal solitud con que nuestro Dios busca al pecador para perdonarle, y perdonándole, otorgarle la paz del corazón, y los dones todos del Espíritu Santo? ¡Ah! esa diligencia desinteresada y y amorosísima ¡cómo explica la misericordia de Dios, y cuánta confianza inspira al pecador! Yo oigo á los fariseos y á los escribas que murmuran de este Señor hecho hombre, y murmuran porque le ven que recibe á los pecadores, y come con ellos, demostrando así su solitud por atraerlos á su amistad y salvarlos. ¿Y qué les contesta nuestro indulgente y divino Redentor? Estas palabras que revelan su celestial afán por buscar al pecador: «¿Quién de vosotros, les dice, es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiese una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va á buscar la que había perdido hasta que la halle? Y cuando la hallare la pone sobre sus hombros gozoso. ¿Ó qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiese una dracma no enciende el candil y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la hallado junta á las amigas y vecinas y dice: Dadme el parabien porque he hallado la dracma que había perdido. Pues en verdad os digo que habrá mas gozo en el cielo sobre un pecador que hiciese penitencia, que sobre noventa y nueve justos que no han menester penitencia.»

La explicacion de estas sencillas y tiernísimas comparaciones de que se vale nuestro Dios que «había venido al mundo á buscar pecadores y no justos,» para espresar su diligencia en buscar al pecador que se encuentra perdido, no necesita eruditos ni difíciles comentarios. Esa diligencia la sentimos todos los pecadores, A. H., la experimentamos todos los dias y en todas ocasiones. ¿Quién y sino ha dejado de oír, por mas que la haya despreciado, esa voz secreta del corazón que echa

en rostro al pecador su malicia luego que ha violado los divinos mandamientos? ¿Quién no ha oído esa voz dulcísima de ruego, esas súplicas paternas que nuestro Dios nos dirige para que nos apartemos del camino encenagado de la culpa en que para nuestra desdicha hubimos entrado? «Se dice comunmente, leemos en Jeremias: si un marido repudiase á su mujer, y separándose de él tomara otro marido ¿caso volverá aquel á ella? ¿caso no será aquella mujer mancillada y contaminada? mas tu has pecado con muchos amadores, pueblo mio. Esto no obstante, vuélvete á mí, dice el Señor, y yo te recibiré: *tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te.* Apesar de nuestras repetidas infidelidades á nuestro Dios ¡cuántas veces nos ha buscado, invitándonos ya por medio de las amenazas y de las aflicciones, ya valiéndose de los dulces llamamientos que emplea un padre que ama verdaderamente á su hijo desgraciado para perdonarnos, y recibirnos á su santa amistad! *revertere ad me, et ego suscipiam te.* Este Señor misericordiosísimo ha alentado nuestras esperanzas de perdon, mostrándonos su clemencia en las diversas vicisitudes de la vida para atraernos á sí: *revertere ad me, et ego suscipiam te.* Y como si todo esto no fuera suficiente para empeñarnos á seguirle, renunciando nuestras vanidades y locas pasiones, nos ha ofrecido como intermediaria para acercarnos á Él á una mujer bendita entre todas las mujeres, nos ha presentado como abogada, vida, dulzura y esperanza nuestra á la Santísima María, que es su misma «Madre, Madre, no solo del amor hermoso y del temor santo, sino tambien de la santa esperanza, para que nos sirva de amparo y proteccion, porque la ha destinado para refugio de los pecadores:» *ego mater pulchræ dilectionis, et timoris; et sanctæ spei.*

He aquí porque, M. A. H., en todas las consideraciones que venimos haciendo en estos dias para escitarnos al arrepentimiento, y á la enmienda de nuestra vida preside siem-

pre el pensamiento de María Santísima, como refugio de los pecadores, cuyas glorias celebramos en este mes, invitándoos en este día, en que hemos meditado lo que debemos temer de la justicia de Dios que puede castigar el pecado, porque es infinitamente poderoso; que conoce toda la malicia del pecado, porque es infinitamente sábio, y quiere castigar el pecado, porque es infinitamente santo; y al mismo tiempo lo que debemos esperar de su misericordia, porque á ella nos mueve la paciencia con que nos aguarda y la diligencia con que nos busca, á que nos acerquemos á María trono de la gracia, poseidos de santa confianza, y por Ella alcanzaremos misericordia; y por Ella encontraremos gracia para ser socorridos en nuestras necesidades espirituales en tiempo oportuno: *adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.*

Azados hermanos míos: ¡quiera el Señor que graveis profundamente en vuestras almas estas provechosas enseñanzas que es el fruto fecundo é importantísimo que debemos obtener en este día; y la flor preciosa que debemos ofrecer hoy á nuestra Madre Santísima! ¡Ah! si tememos santamente á nuestro buen Dios ¡cuántos bienes tenemos derecho á esperar de Él! porque escrito está «que al que teme al Señor no le sobrevendrán males; mas en la tentacion Dios le guardará, y le libraré de males: *in tentatione Deus illum conservabit, et liberabit á malis.* Al que teme al Señor le irá bien en las postrimerias, y en el día de su muerte será bendito: *et in die defunctionis suæ benedicetur;* porque el temor del Señor deleitará el corazón, y dará alegría, y gozo, y longura de dias» ó sea la vida eterna; *timor Domini delectabit cor, et dabit lætitiám, et gaudium, et longitudinem dierum.* Uniendo á ese temor, provechoso para nuestra justificacion, la santa esperanza en las divinas misericordias, solicitemos estas sin cesar para obtener nuestra conversion; aprovechémonos de ellas á

este fin, practicando aquellas obras de santificacion de que habremos de ocuparnos en los días sucesivos, y que serán aceptables á Dios ofreciéndolas por la intercesion de su Madre Santísima, que es el refugio de nosotros miserables pecadores, y apartándonos del mal y practicando el bien alimentaremos la esperanza de gozar en el cielo de su amable compañía, para alabar á Dios por los siglos de los siglos. Amen.